

un empacho de ceniza! Aunque ahora estás algo más decente — agregó alisándole el cabello; y lo depositó junto a la reina, sobre la mesilla.

No bien lo hubo dejado, desplomóse de espaldas cuando largo era sobre la mesa, y quedó inmóvil. Alicia, alarmada, atribuyó el percance a su hazaña, y recorrió la estancia en busca de un poco de agua para rociarle la cara. Lo único que pudo encontrar fué una botella de tinta, pero al volver con ella, ya el rey habíase repuesto, y con el miedo pintado en el rostro, cuchicheaba con la reina. Alicia apenas pudo entender sus palabras.

—¡Te juro — decía luego el rey un poco más alto —, que el susto me ha helado hasta los bigotes!

—¿Qué hablas de bigotes — repuso la reina —, si en tu vida los tuviste?

—El horror de este momento — prosiguió el rey —, ¡nunca, nunca lo olvidaré!

—Lo olvidarás — dijo la reina —, lo olvidarás sino lo anotas en tu libro de memorias.

Alicia observó con sumo interés cómo el rey extraía de su bolsillo un enorme cuaderno y empezaba a escribir en él. Una idea repentina la asaltó, y agarrando el cabo del lápiz que sobresalía por el hombro del rey, empezó a escribir por su cuenta.

El pobre rey, perplejo y confundido, hizo esfuerzos con el lápiz sin decir palabra, pero Alicia era demasiado fuerte para él, y tras inauditos esfuerzos pudo decir:

—Querida, en realidad debería tener un lápiz más liviano. Este no puedo manejarlo aunque me maten, y además escribo unas cosas que no hay manera de entenderlas.

—¿Pero qué es esto? — preguntó la reina cuando miró el libro en el que Alicia había escrito estas pala-

bras: «El caballo blanco se está deslizando por el espejón. Mantiene muy mal el equilibrio» —. ¡No son tus memorias! — agregó.

Había un libro cerca de Alicia, que estaba sentada y observaba al rey blanco (no estaba tranquila del todo, y por eso llevaba el frasco de tinta, dispuesta a rociarlo con ella en caso de que se desmayase). Tomó un libro cercano a ella, sobre la mesa, y volvió unas cuantas hojas en busca de algo que leer.

—Está escrito de un modo — pensó — que no se entiende una palabra.

Era ésta la manera como estaba escrito:

J A B B E R W O C K Y

*Era la queda, por entre las ondas
Las morenas lucían sus colores.
Las ninfas en el río, en el solar las pacas,
Refocilábanse. Un chambergó picaba caracoles.*

Permaneció indecisa y perpleja unos minutos; de pronto tuvo una idea luminosa.

—¡Pero si es un libro de espejo! — exclamó —. Si lo hago reflejar en el vidrio, las palabras volverán a su posición normal.

Este era el poema que leyó Alicia:

J A B B E R W O C K Y

*Era la queda, por entre las ondas
Las morenas lucían sus colores.
Las ninfas en el río, en el solar las pacas,
Refocilábanse. Un chambergó picaba caracoles.*